

Mathias Malzieu  
Metamorfosis  
en el Cielo



El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Por este motivo, Greenpeace acredita que este libro cumple los requisitos ambientales y sociales necesarios para ser considerado un libro “amigo de los bosques”. El proyecto “Libros amigos de los bosques” promueve la conservación y el uso sostenible de los bosques, en especial de los Bosques Primarios, los últimos bosques vírgenes del planeta.

Título original: *Métamorphose en bord de ciel*

Primera edición: septiembre de 2011

© 2010, Flammarion

© 2010, Mathias Malzieu

© 2011, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Random House Mondadori, S.A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2011, Sofía Tros de Ilduaya, por la traducción

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-397-2465-0

Depósito legal: M-26.066-2011

Fotocomposición: La Nueva Edimac, S.L.

Impreso y encuadernado en Dédalo Offset

Crta. Pinto a Fuenlabrada, s/n

28320 Pinto

GM 2 4 6 5 0

*Para ti, Endorfina, que me ayudas  
a transformarme en mí mismo*

*Los pájaros se entierran en pleno cielo. Incluso la más elegante de las nubes está repleta de sus cuerpecitos yertos.*

*Se dice que de cada 10.189 gotas de lluvia, 1 sería la lágrima de un pájaro muerto y que de cada 16.474 copos de nieve, 1 el fantasma de un pájaro descolgado de la placenta celeste.*

Me llamo Tom «Hematoma» Cloudman. Dicen por ahí que soy el peor especialista de escenas arriesgadas del mundo, lo cual no es del todo falso. Estoy dotado de una torpeza física fuera de lo común. Tengo la extraordinaria capacidad de golpearme cómicamente con las cosas.

La libertad de los pájaros me impresiona, paso horas estudiando su vuelo, quizá los observe demasiado. Ya en el patio del colegio, andaba en patines con la esperanza de volar y de escamotear algunos besos a aquellas mujeres en miniatura que eran bellas pero demasiado mayores para mí. Me caía a menudo y volaba poco, a no ser que fuera en mil pedazos y con mil moratones como resultado. No obstante, a la menor señal de interés por parte de mi «público», me invadía una sensación de invulnerabilidad tan ridícula como agradable. Hice todo lo posible para que esa sensación perdurase: rodar desde el tejado del colegio, encaramarme a un viejo *skate* sacudiendo unas alas de cartón. Intentar alzar el vuelo en una bicicleta (engarcé un parabrisas de dientes rotos). Y eso solo por citar algo. Cuantos más porrazos me daba más famoso me hacía. Algunos me retaban solo para verme salir

mal parado. Se reían mucho de mí. Y me di cuenta de que aquello, esa mezcla de emociones y adrenalina que se llama «espectáculo», me encantaba. A veces, me levantaba rodeado de zapatos de charol multicolores. Nunca supe resistirme a las voces de aquellas muñequitas que susurraban «otra vez»... Sin embargo, caerme nunca ha sido un fin en sí mismo. Lo que me resulta interesante es ese breve momento épico e incongruente que precede a la caída: el vuelo.

Conforme pasaban los años, mayor era mi necesidad de escapar de lo habitual, de lo corriente. Mi mente reaccionaba igual que una película fotosensible a la emoción donde el amor y la muerte podían imprimirse en el mismo segundo. Comencé a revelar una auténtica fobia a las situaciones normales. En particular, las comidas largas me provocaban temblores. Olvidaba y perdía las cosas, rompía teléfonos, carteras y tarjetas magnéticas. Lógicamente, esas chiquilladas empezaron a no perdonármeme. Yo perseguía chutes de adrenalina: saltar desde un árbol con un paraguas como único amortiguador, descender un río helado en una lancha pinchada, escalar la chimenea de la chica de la que estaba enamorado. Dejar caer por el conducto de humos la pulsera que le había comprado con el mayor esfuerzo del mundo. Inclinar-me demasiado para cogerla y aterrizar en el salón de su casa cubierto de hollín mientras ella celebraba la cena de Nochebuena en familia. Siempre necesitaba más emociones: más alto, más rápido, más lejos,

más tiempo. Vivía como una peonza de carne y hueso: solo mantenía el equilibrio en movimiento. Mi comportamiento empezaba a preocupar a mi familia.

Aunque hice cuanto pude por adaptarme, conseguí que me echaran de todas partes. Incluso de la escuela de circo: demasiado torpe. El tribunal apreciaba mi manera de saltar en la cama elástica y no atinar jamás dentro de la red, pero me explicó que un payaso tenía que ser capaz de caerse centenares de veces sin hacerse daño, lo cual no era en absoluto mi caso.

Debía encontrar un modo de integrarme y de ganarme un poco la vida. Entonces tuve una idea. ¿Por qué no montar un espectáculo de artes populares y escenas de riesgo fallidas? Podía contar historias, tocar la armónica, saltar, cantar, quizá volar, con toda seguridad caerme. Y hacerlo todo con espíritu solidario. Tenía que marcharme. Ya.

Decidí emprender camino a los pocos segundos de haber pensado en ello, fue una decisión impulsiva pero firme. Cogí una vieja tienda de campaña, un saco de dormir y el abanico de todas las posibilidades que tenía por delante, todo amontonado en una mochila demasiado pequeña, y me fui. Nunca me había sentido tan ligero.

El viento helado hacía brillar las luces de Navidad, las estrellas parecían más cercanas de lo habitual. Un olor a creps se escapaba de una casa, éxtasis

supremo... Yo ya me veía descubriendo parajes inexistentes, aprendiendo todas las lenguas e inventando otras nuevas. Sin embargo, en mi primer intento de marcharme de la ciudad me di de bruces con una dirección prohibida. La muy bribona se ocultaba tras su sombra a la salida del pueblo. Boxeó contra mi arco supraciliar con toda su potencia metálica. La vuelta al mundo en ochenta segundos. Temblé como un cascabel. Solo deseaba un buen baño y una aspirina gigante. Vuelta a la casilla de salida.

Me di cuenta de que esa primera marcha fallida me permitió reflexionar sobre mis veleidades de fuga. Necesitaba un vehículo, un caparazón en el que cobijarme con mayor facilidad. Un coche hubiera sido demasiado peligroso. El auto loco de fabricación casera que utilizaba para bajar a toda prisa la urbanización, demasiado frágil. De esta manera nació la idea de un ataúd con ruedas.

Dediqué los meses siguientes a la preparación de mi nave. Contrachapado de madera barnizada por fuera; ropa de cama y cojines por dentro, bien comfortable. Un estante pequeñito en el que dejar un libro de bolsillo y un paquete de galletas y contra el que chocar con la cabeza; agujeros de ventilación en el techo, como los de las cajas para animales domésticos. Ruedas de BMX, piñón de bicicleta de carreras de diez velocidades en la parte



delantera del aparato, sillín mullido y manillar ancho. Después de muchos ensayos terriblemente desalentadores, en la primavera siguiente el aparato estaba listo al fin: rutilante, adornado con unas pegatinas de los Pixies y unas nubes bastante mal pintadas.

Había llegado el gran momento de la marcha. Me alejé de la salida del pueblo y cuando pasé ante el cartel que indica la siguiente aldea, un escalofrío me recorrió la columna vertebral. Podía detenerme para dormir en cualquier lugar, incluso en un cementerio.

Mi ataúd rodante se reveló como un auténtico imán para los curiosos. Hasta los viejos que decoran los bancos públicos me prestaban atención. Normalmente, aparcaba bajo un árbol platanero y tocaba un rato la armónica, oculto en mi habitáculo. Cuando el murmullo ambiental me indicaba la presencia de una audiencia suficiente comenzaba el espectáculo: brincaba al tiempo que escupía confetis. Improvisaba en torno a la muerte de Papá Noel mientras me marcaba unos pasos de claqué al ritmo de una canción de Johnny Cash. A continuación, trepaba a lo primero que encontrase: un árbol, el capó de un coche, una marquesina; desplegaba mis alas de cartón y aseguraba que podía volar. Me caía, me hacía más o menos daño y terminaba el espectáculo tumbado en mi ataúd rodante. Jamás me presentaba ante el público sin mi máscara de El Zorro. Di con ella en una vieja tienda. La máscara me permitía vencer mis inhi-

biciones y conservar parte de un misterio algo rancio. Ni siquiera me la quitaba cuando daba un beso.

Y así, presentando mi espectáculo de aldea en aldea, mi fama comenzaba a precederme. Aumentaba la afluencia de curiosos que me llevaban comida, apósitos y hasta libros. Me había impuesto una regla: nunca me quedaría más de veinticuatro horas en el mismo sitio. Pasaba las noches cerca del lugar del espectáculo y en cuanto amanecía reanudaba el camino. Podía suceder que el cansancio y las malas caídas me dejaran postrado en el ataúd unas cuantas horas más, pero yo me aferraba a mi impulso. El flujo de libertad que corría por mis venas me hacía feliz. Mi mente parecía rejuvenecer cada día. Mi cuerpo, por su parte, envejecía a toda velocidad. Para satisfacer a mi público probaba con escenas cada vez más arriesgadas. Bien pensado, qué cosa tan extraña eso de alimentar el alma con el ruido de unas cuantas manos entrechocando. La gente me advertía, de un modo más o menos cariñoso, que corría el riesgo de no aguantar mucho tiempo ese ritmo. La lista de heridas y conmociones diversas se alargaba día a día, y mi espalda crujía como una tabla vieja y podrida.

No obstante, no me cansaba de los atajos, campos magnéticos, ni de otros campos que se entristecían al verme chocar contra los árboles. Mi cerebro es un disco duro lleno de crepúsculos disfrazados

de auroras boreales, de zorros que cruzan la carretera como cohetes rojizos. Aquel modo de vida era una máquina de producir sorpresas. Caracoles pegados a la almohada, erizos escondidos dentro de mi cama, o aquella chica de aspecto gótico que quería dormir en mi ataúd. Y yo que le digo que por desgracia ahí dentro no hay sitio para dos. Y ella que va y me suelta que no tiene intención de dormir allí conmigo.

Y aquel nido de canarios rojos, que apareció una madrugada meticulosamente posado sobre mi cama. Alguno de los pajaritos murió mientras yo dormía, pero me quedé con los siete que se salvaron. Debí de ser lo primero que vieron. Y en cierto modo me convertí en su padre. Los llamé a todos Michel Platini. Es una buena cosa tener muchos Platini para formar un equipo. Muy pronto, los pajaritos participaron en el espectáculo. Siempre tenía alguno dentro de la manga. Los canarios daban amplitud a mis gestos y se posaban sobre mis hombros cuando me desplomaba lamentablemente. Estudiaba el movimiento de sus alas, sus trayectorias. Me inspiraba en ellos. Día a día se agudizaba mi atracción por el cielo. La bóveda celeste me hipnotizaba; habría devorado las nubes.

Durante la época en la que viajé en el ataúd rodante, me enamoré de los libros. A una parejita que acababa de regalarme uno, le expliqué cuánto me emocionaba ese reparto de imaginario íntimo.

Cada vez me obsequiaban con más. Ante la falta de espacio y como no podía tomar la determinación de abandonarlos, decidí dejarlos a merced del destino. En el momento en que terminaba un libro, escribía mi opinión sobre él en la página en blanco que aparece al final del texto, precedida de la siguiente nota: «Si encuentra usted este libro, léalo; cuando lo termine, escriba sus impresiones, la fecha y el lugar donde lo halló, y déjelo bien a la vista en algún sitio de paso». Algunos de esos libros cogieron el tren, otros se empaparon con la lluvia. Algunos se perdieron durante mucho tiempo y otros vivieron una historia de amor con un bolso. Incluso uno de ellos volvió a mis manos con siete anotaciones.

En lo sucesivo surqué la carretera tan raudo y veloz que no tuve tiempo de verme envejecer. Pero llegó un momento en que mi cuerpo empezó a quejarse, a reclamar una deuda. El sindicato de músculos paralizados se manifestó. Al principio de una manera silenciosa, luego los huesos empezaron a crujir. Y mis nervios se tensaron tanto que perdí el sueño. Comprendí demasiado tarde que habría debido aprender a amortiguar mis caídas, también las involuntarias... Era consciente de que no podía seguir así pero no podía evitarlo. En cada espectáculo quería morir y renacer, ¡una cuestión de coraje! Por mucho que se activaran las alarmas, cantaba con todas mis fuerzas para no oírlas y pro-

porcionarme el valor para arañar unos segundos más de eternidad.

Cuando llegó el invierno, la logística se complicó. El frío hacía más dolorosas las caídas. El público escaseaba. Empecé a multiplicar las escenas peligrosas al margen del espectáculo. Un día, derrapé en una curva e hice añicos el escaparate de una panadería-pastelería. Unos niños lo aprovecharon para escapar con unos pasteles de chocolate y todo el pueblo creyó que lo había hecho aposta. Después de haber arrancado accidentalmente muchos buzones, retrovisores y otros portones inocentes, tuve que iniciarme en el arte de la fuga.

Hasta que me atraparon... Fue al día siguiente de una escena particularmente espantosa. Subía con esfuerzo por un repecho bajo un aguacero. El hielo encerbaba el asfalto. Las piernas empezaron a ponerse rígidas y noté que mi nave se iba hacia atrás. El ataúd comenzó a coger velocidad. Me vi en medio de la carretera, incapaz de dominar la situación. Ruido de motor. Claxon. Explosión de chapa y contrachapado marino. Claxon. Olor a gasolina. Claxon. Vuelo de los Michel Platini. Claxon.

Abro los ojos. El mundo ha cambiado. Un olor a sopa de cantina y a éter sustituye a los aromas del otoño. El asfalto se ha convertido en linóleo. Y mi formidable ataúd, en una simple cama. Parece que los Michel Platini han desaparecido y también los colores. Aquí, todo es beige y gris ajado y al fondo veo un ventanal austero. Cada paso en el linóleo hace el mismo ruido que cuando se arranca una tirita. Las personas se aburren, lloran, gritan. Sus familiares les traen flores y una sonrisa cosida en el rostro; se las apañan para que las lágrimas se derramen por debajo de sus órbitas. Hay batas blancas que con gestos mecánicos se aparecen por todas partes. Bienvenido al servicio de oncología.

La doctora que acaba de desencadenar una tormenta de yunques en mi cabeza me recuerda a mi antigua y sexy profesora de matemáticas. Aquella mujer tenía la misma cara de pena cuando me devolvía los deberes enrojecidos de correcciones. Yo notaba que me tenía cierta simpatía, pero no podía hacer nada por mí.

Ahora, el problema es simple. Incluso el alumno travieso que siempre he sido, el que se sentaba junto al radiador, lo ha comprendido de inmediato: no estoy aquí por una costilla rota, sino porque un tumor se ha clavado en mi columna vertebral. Esa gorda remolacha ha crecido sin que yo sintiera nada. Acaban de depositar entre mis manos el reloj de arena del tiempo que me queda por vivir. Un dedal. Solo un maldito dedal.

Un avión enloquecido me atraviesa la cabeza en silencio, luego otro, mi cerebro explota con suavidad. La enfermera que me acompaña a radiología no se atreve a retirarlos, por miedo a que me desangre. La gente me mira recorrer el pasillo con mi pinta de Torre Gemela. Un frasco de alcohol de 90 grados domina sobre un carrito; bien a gusto me lo bebería de un trago. Una sensación de vértigo me abrasa los párpados.

¡Ay, cuánto me gustaría poder tener una rabieta como cuando era pequeño! En el momento en que el aburrimiento asomaba su nariz de vieja tortuga amante del sudoku, yo me convertía instantáneamente en molino, viento que ruge o trueno.

Ahora, daría cualquier cosa por despegar, aun a riesgo de romperme una o las dos piernas. E. T., ya entiendo por qué huiste en bici por el cielo. Yo en tu lugar habría seguido pedaleando hasta Plutón sin dar la vuelta.

Las seis de la mañana. El director de orquesta de los interruptores hace crujir los fluorescentes y el hospital se enciende como un sol eléctrico. Es entonces cuando empieza el gran desfile de Ginger Rogers vestidas con bata blanca y zapatos de claqué de plástico. Esas mujeres nos despiertan al alba, por si hubiéramos olvidado por qué estamos encadenados a una cama el día entero. Tengo que evadirme mientras aún esté a tiempo. La inmovilidad siempre me ha producido pánico. Solo sé avanzar, caer y volver a levantarme. Si me obligan a aminorar la marcha me ahogaré. Necesito mi dosis de cielo, no puedo respirar correctamente si no inhalo aunque solo sea un poco de aire fresco. Las ventanas de las habitaciones aquí no pueden abrirse. Hasta la luz parece cansada de atravesarlas. Desde los televisores las risas enlatadas resuenan por los pasillos. Eso me produce ganas de llorar. Deberían organizar un gran concurso de lanzamiento de televisores contra las ventanas. Sería una actividad. ¡No puedo pasarme todo el día con un pijama de aprendiz de cadáver! Los esparadrapos que me sujetan los tubos a la piel me tiran de los pelos, como para que me acostumbre a limitar la amplitud de mis movimientos.



Tengo miedo. Un miedo laxo, que se me pega a la mente. Esto no tiene nada que ver con lo que sentía antes de las escenas de riesgo. Me gustaría hibernar y despertarme curado. Esa idea me reconforta unos instantes. Luego la realidad vuelve a asomar a la superficie.

Estoy acorralado. Por más que intente convencerme de lo contrario, soy consciente de que ya no puedo abandonar el hospital. Aunque los Michel Platini vinieran a chocar contra la ventana, no tendría fuerza para seguirlos. La Remolacha que crece dentro de mí pesa ya demasiado, y si emprendiera el camino sin que me la trataran, no tardaría en aniquilarme. Pero si me quedo aquí me volveré loco. Los días y las noches amontonan el vacío dentro de mi cabeza. Mi mente hace sus cajas como si se dispusiera a mudarse. A veces, a la tarde, doy un paseo por el jardín. Abrazo los árboles e intento leer un poco. Busco estímulos, pero la Remolacha ha instalado un perímetro de seguridad alrededor de mis sueños, como si fuera la escena de un crimen. No se me permite acceder a ellos.

—¿Cómo se encuentra, señor Cloudman? —pregunta la doctora que acaba de entrar en mi habitación con los bolis enganchados junto a su corazón.

—Podría estar peor.

—Hay que intentar animarse. Con buen ánimo se lucha mejor contra la enfermedad, eso no es ninguna bagatela. ¿Sabe que en nuestro servicio

de oncología está ingresado uno de sus mayores admiradores?

—¿Un admirador?

—Se llama Victor, tiene ocho años y asistió a una de sus actuaciones en su pueblo. Lo reconoció en el jardín.

—¿Por qué está aquí?

—Tiene leucemia...

Y sin tránsito, la doctora se lanza a una compleja explicación sobre el plan de ataque para acabar con la Remolacha. La escucho a medias y la miro marcharse para acabar la ronda de los pacientes.

Si a la edad de ese niño yo hubiera sabido que tenía que vivir en un hospital, me habría muerto inmediatamente. Electrocutado por el aburrimiento, la primera noche. Yo he tenido tiempo para las primaveras fogosas y para quemarme al sol. Se me ha permitido cultivar un poco mis sueños al aire libre. Victor debe hacer que los suyos crezcan a la luz de los fluorescentes.

Sé con cuánta rapidez la Remolacha puede dispersar las fantasías hacia los rincones más recónditos del cerebro. ¡No puedo dejarme engullir así! Está decidido, voy a reconquistar el servicio de oncología. Me convertiré en lo que siempre he sido. Voy a regatear esa maldita Remolacha como Platini. ¡Abrir de nuevo el abanico de las posibilidades, bailar para siempre, volar, aunque sea un poco, aunque sea mal! Prepárense, ¡Tom «Hematoma» Cloudman ha vuelto!